

III Domingo Tiempo Ordinario

24 de enero de 2021

- **Jon 3, 1-5. 10.** *Los ninivitas habían abandonado el mal camino.*
- **Sal 24.** *Señor, enséñame tus caminos.*
- **1 Cor 7, 29-31.** *La representación de este mundo se termina.*
- **Mc 1, 14-20.** *Convertíos y creed en el Evangelio.*

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

Pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, echando las redes en el mar, pues eran pescadores.

Jesús les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres».

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca repasando las redes. A continuación los llamó, dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se marcharon en pos de él.

(Marcos 1, 14-20)

1. Desde la Palabra de Dios

En este tercer domingo del tiempo ordinario celebramos el “domingo de la Palabra”, instituido el pasado año por el Santo Padre. A este respecto, el Prefecto de la Congregación para el Culto Divino, Card. Sarah, destacaba hace unas semanas, que se nos ofrece la posibilidad con esta celebración de descubrir cómo «Dios habla a su pueblo y Cristo mismo anuncia su Evangelio; Cristo es el centro y la

plenitud de toda la Escritura: Antiguo y Nuevo Testamento». Así, «la proclamación de los textos del Leccionario constituye un vínculo de unidad entre todos los fieles que los escuchan». Este domingo, pues, nos acercamos a «la mesa de la Palabra de Dios (...) para conocer mejor cómo la Iglesia en oración lee la Sagrada Escritura con lectura continua, semicontinua y tipológica (...) y profundizar en el vínculo existente entre la Sagrada Escritura y la Liturgia de las Horas, la oración de los Salmos y Cánticos del Oficio, las lecturas bíblicas, promoviendo la celebración comunitaria de Laudes y Vísperas».

Recordemos asimismo que nos encontramos en pleno octavario de oración por la unidad de los cristianos, una oportunidad para pedir al Padre que todos los cristianos seamos uno, como Cristo, el Padre y el Espíritu los son,

En el contexto vocacional que veíamos el pasado domingo de la mano del Evangelio de San Juan, nos acercamos a la llamada de los primeros discípulos en Marcos. Tras los relatos del bautismo y las tentaciones en el desierto, contemplamos el anuncio de la Buena Noticia: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio».

Jesús comienza su ministerio anunciando la llegada del Reino de Dios. Jesús no es un Mesías triunfalista y milagrero. Él anuncia la **alegre y buena** noticia.

Las palabras reino de Dios expresaban para los judíos todo el proyecto que Dios tenía para su pueblo y la soberanía de Dios como padre compasivo y salvador. Ésta es la Buena Noticia, el Evangelio. Con Jesús llega la plenitud de la

donación de Dios a la humanidad. Con Jesús llega a la perfección el proyecto de Dios.

Es la respuesta que Jesús pide a la donación gratuita del Señor: conversión y fe, abandono del pecado y confianza total en la salvación que Dios ofrece. El evangelio pide un cambio radical de toda la persona, comenzando por el interior: sentimientos, valores, actitudes, actos. Jesús lo irá repitiendo en todas sus propuestas, discursos, enseñanzas y actuaciones.

Jesús busca colaboradores. No escoge fariseos, sacerdotes, esenios, gente preparada en cuestiones religiosas. Son simples trabajadores en las faenas de la pesca. Y son llamados en medio de sus tareas, en la vida de cada día.

Jesús sigue llamando hoy. Con frecuencia, llama a personas pidiéndoles que lo dejen todo, incluso la familia. Pero no sólo es dejar a alguien, sino seguirle. El seguimiento de Jesús implica una entrega total para identificarse con Él en su modo de vivir de cara a Dios y de cara a los hermanos.

El seguimiento de Jesús es mucho más que saber muchas cosas acerca de Él, más que recibir unos sacramentos, más que rezar y hacer oración. Seguir a Jesús es aceptarle sin condiciones, para intentar vivir como él vivió. El seguimiento de Jesús implica: creer lo que Él creyó, interesarse por lo que Él se interesó, mirar a las personas como Él las miró, amarlas como Él las amó.

Lo primero es ser discípulos de Jesús. Luego vendrá el ser misioneros, enviados como apóstoles, mensajeros y testigos de su modo de entender y practicar la vida.

Las palabras de este Evangelio las recibo como dichas a mí directamente. Pues el Señor sigue

actuando y proclamando la Buena Noticia y la conversión al Evangelio.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos presenta el inicio de la predicación de Jesús en Galilea. San Marcos destaca que Jesús comenzó a predicar «después de que Juan [el Bautista] fue entregado» (1, 14). Precisamente en el momento en el cual la voz profética del Bautista, que anunciaba la venida del Reino de Dios, fue silenciada por Herodes, Jesús comienza a recorrer los caminos de su tierra para llevar a todos, especialmente a los pobres, «el Evangelio de Dios» (ibid.). El anuncio de Jesús es similar al de Juan, con la diferencia sustancial de que Jesús no indica ya a otro que debe venir: Jesús es Él mismo la realización de las promesas; es Él mismo la «buena noticia» que se ha de creer, acoger y comunicar a los hombres y a las mujeres de todos los tiempos, para que también ellos confíen su existencia a Él. Jesucristo en persona es la Palabra viviente y operante en la historia: quien le escucha y le sigue entra en el reino de Dios.

Jesús es la realización de las promesas divinas porque es Aquel que dona al hombre el Espíritu Santo, el «agua viva» que sacia nuestro corazón inquieto, sediento de vida, amor, libertad y paz: sediento de Dios. ¡Cuántas veces percibimos, o hemos percibido nuestro corazón sediento! Lo reveló Él mismo a la mujer samaritana, que encontró junto al pozo de Jacob, a quien dijo: «Dame de beber» (Jn 4, 7). Precisamente estas palabras de Cristo, dirigidas a la samaritana, fueron el tema de la anual Semana de oración por la unidad de los cristianos que se concluye hoy. Esta

tarde, con los fieles de la diócesis de Roma y con los representantes de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales, nos reuniremos en la basílica de San Pablo Extramuros para rezar intensamente al Señor, a fin de que fortalezca nuestro compromiso para favorecer la plena unidad de todos los cristianos. Es algo feo que los cristianos estén divididos. Jesús nos quiere unidos: un solo cuerpo. Nuestros pecados, la historia, nos han dividido y por esto tenemos que rezar mucho, para que sea el Espíritu Santo mismo quien nos una nuevamente.

Dios, haciéndose hombre, hizo propia nuestra sed, no sólo de agua material, sino sobre todo la sed de una vida plena, de una vida libre de la esclavitud del mal y de la muerte. Al mismo tiempo, con su encarnación, Dios puso su sed —porque también Dios tiene sed— en el corazón de un hombre: Jesús de Nazaret. Dios tiene sed de nosotros, de nuestros corazones, de nuestro amor, y puso esta sed en el corazón de Jesús. Por lo tanto, en el corazón de Cristo se encuentran la sed humana y la sed divina. Y el deseo de la unidad de sus discípulos pertenece a esta sed. Lo encontramos a menudo en la oración elevada al Padre antes de la Pasión: «Para que todos sean uno» (Jn 17, 21). Lo que quería Jesús: ¡la unidad de todos! El diablo —lo sabemos— es el padre de las divisiones, es uno que siempre divide, que siempre declara la guerra, hace mucho mal.

Que esta sed de Jesús se convierta cada vez más también en nuestra sed. Sigamos, por lo tanto, rezando y comprometiéndonos en favor de la unidad plena de los discípulos de Cristo, con la certeza de que Él mismo está a nuestro lado y nos sostiene con la fuerza de su Espíritu para que esa meta esté más cercana. Y encomendamos nuestra

oración a la maternal intercesión de María Virgen, Madre de Cristo, Madre de la Iglesia, para que Ella, como una buena madre, nos una a todos.

Papa Francisco. Ángelus 25/enero/2015

3. Desde el fondo del alma

Oración por la Unidad

Señor, tú eres el viñador que nos cuida con amor.

Tú nos llamas a ver la belleza que hay en cada sarmiento unido a la vid, y la belleza de cada persona.

Pero, a menudo, nosotros, Señor, tememos la diferencia, nos centramos en nosotros mismos, se desvanece nuestra confianza en ti, y la enemistad aumenta entre nosotros.

Ven, Señor, y dirige de nuevo nuestros corazones hacia ti.

Concédenos vivir de tu perdón para que podamos caminar unidos alabando tu nombre.